

LIII.

OLIVERIO CROMWELL.

El alma de este partido era Oliverio Cromwell, quien dejó á los cuarenta años la tranquilidad de su retiro para tomar puesto en las filas del ejército parlamentario. Pero, no bien hubo empuñado las armas, presintió con la sagacidad del genio lo que ni Essex ni los hombres que se le parecían estaban en el caso de comprender, pues vió que se hacía indispensable reconstituir el ejército del Parlamento, y que había para ello elementos abundantes y superiores, menos lucidos en verdad, pero más sólidos que los de que se hallaban formados los bizarros escuadrones del Rey, y que debían buscarse hombres de honrada condición, de carácter grave, temerosos de Dios y entusiastas de las libertades públicas, no aventureros á jornal. Y poniendo en ejecución el proyecto, cubrió las plazas de su regimiento con soldados tales y como él quería que fuesen; pero no satisfecho aún con someterlos á una disciplina más inexorable que la conocida nunca en Inglaterra, infundió en su naturaleza intelectual y moral estimulantes de alcance y eficacia terribles.

Los acontecimientos de 1644 probaron plenamente la superioridad de su talento, pues mientras sufrían en el Sur las tropas parlamentarias, bajo las ordenes de Essex, una serie de vergonzosos desastres, en el Norte se compensaban ampliamente con la victoria de Marston Moor, la cual fué tan perjudicial en sus consecuencias al partido que hasta entonces había do-

minado en Westminster como á los realistas, por ser notorio que perdida la batalla de una manera ignominiosa por los presbiterianos, fué ganada de nuevo por Cromwell y el esfuerzo incontrastable de las tropas disciplinadas por él.

LIV.

DECRETO LLAMADO DE LA ABNEGACIÓN.

Dieron lugar estos acontecimientos al decreto de Abnegación (*Self-denying Ordinance*) y al nuevo sistema militar, siendo separados del mando con plausibles pretextos y grandes muestras de respeto el de Essex y los demás jefes que se hallaban bajo sus órdenes, y fiándose la conducta del ejército á otras manos. Fairfax, soldado bizarro, pero de limitada inteligencia y de carácter irresoluto, recibió entonces el nombramiento de general en jefe de las tropas cuyo mando real y verdadero debía ejercer Cromwell. El cual se dió prisa en organizar todo el ejército sobre las mismas bases que su regimiento, y una vez terminada esta operación, ya no hubo dudar en el éxito de la guerra; porque los Caballeros tenían que medirse con enemigos dignos de su bravura, más entusiastas, y sometidos por completo al rigor de la disciplina militar que á ellos faltaba de todo en todo. Entonces se hizo proverbial en el ejército que los soldados de Fairfax y de Cromwell eran de otra raza que los de Essex.

LV.

VICTORIA DEL PARLAMENTO.

Naseby fué teatro del primer choque de verdadera importancia entre los realistas y el ejército reformado del Parlamento, siendo el triunfo de los Motilones completo y decisivo; y como á esta señalada victoria siguieron inmediatamente otras, en pocos meses quedaron las Cámaras por árbitras del país entero. Carlos huyó á Escocia entonces, y sus naturales lo entregaron á los ingleses bajo ciertas condiciones no nada honrosas para su carácter nacional (1).

Pero si cuando todavía era dudoso el éxito de la guerra las Cámaras condenaron á muerte al Primado de Inglaterra, prohibieron allí donde imperaban la liturgia anglicana, y exigieron de todos adhesión á la célebre medida que se conoce con el nombre de convenio ó *Covenant*, no bien hubo acabado la lucha, la obra de las represalias y de las innovaciones recibió impulso más vigoroso y fuerte aún, pues rehicieron los parlamentarios la organización eclesiástica del

(1) «Los Escoceses vendieron á su desgraciado Rey, que les había pedido protección, por 200.000 libras esterlinas.» Lyon, *Hist. of Saint Andrews*, t. II pág. 38. «Todo demuestra que aquello fue un contrato de venta.» Burton, *Hist. of Scotland*, t. I, pág. 493. Buckle dice en su *Hist. of Civilization in England* que los Escoceses tenían perfecto derecho á utilizarse de la persona de su Rey, vendiéndolo á los Ingleses, pues por este medio se reintegraban de los gastos de la guerra.» Cap. XVIII. Si hubiese algo más odioso que la conducta de los Escoceses en esta ocasión, sería la defensa de Buckle.—N. del T.

reino, despojaron de sus beneficios á mucha parte del antiguo clero, impusieron multas onerosas y á las veces enormísimas á los realistas, harto empobrecidos ya con los sacrificios que se habían impuesto por la causa de Carlos; confiscaron innumerables propiedades, vendieron á peso de oro su protección á los nobles proscritos, y sacaron á pública subasta ó dieron á los suyos fincas rústicas inmensas pertenecientes á la Corona y al clero. A consecuencia de tanto despojo se puso en venta gran parte del suelo inglés; pero como el mercado tenía plétora, y faltaba numerario, y la posesión de la cosa ofrecida no era segura, y el temor que inspiraban ciertos postores poderosos impedía la competencia libre, las fincas se remataron con sobrada frecuencia por valores nominales. Así desaparecieron, arruinadas sin provecho para el Estado, muchas familias antiguas y respetadas, de quienes no se habló más después, elevándose á la opulencia no pocos hombres oscuros y nuevos.

Mas, en tanto que las Cámaras empleaban por tal modo su autoridad, escapó de sus manos repentinamente. Pues como la obtuvieron por haber dado vida á un poder que no sufría otro superior al suyo, el verano de 1647, próximamente un año después de haberse rendido el último baluarte de los Caballeros al Parlamento, éste hubo de someterse al yugo de sus propios soldados.

LVI.

DOMINACIÓN Y CARÁCTER DEL EJÉRCITO.

Trece años estuvo Inglaterra regida materialmente por la espada, aunque bajo nombres diferentes y for-

mas diversas, y nunca, ni antes ni después, se vió sometido en ella el poder civil á la dictadura militar cual lo estuvo entonces.

El ejército que se formó en aquella ocasión omnipotente dentro del Estado era un ejército no nada parecido á cuantos se han visto después en Inglaterra. Porque hoy día la paga del soldado no es tan considerable que sea parte á seducir y arrancar de su oficio á otros hombres que no sean los trabajadores más humildes; existe una barrera infranqueable casi entre el soldado y el oficial; la gran mayoría de los que ascienden á los empleos superiores lo alcanzan á fuerza de dinero, y las posesiones de Inglaterra son tan numerosas y se hallan tan apartadas de la metrópoli, que quien se alista bajo sus banderas contrae la obligación de pasar largos años en lejano destierro, habitando países cuyos climas son perjudiciales á la salud y al vigor de la raza europea: no así el ejército del Parlamento Largo que se formó para el servicio interior precisamente, cuya soldada era muy superior al salario que ganaba la gran mayoría de los jornaleros, y en el cual sabían los reclutas que, distinguiéndose por su inteligencia y su valor, podían aspirar á los grados superiores con seguridad de alcanzarlos; siguiéndose de aquí que las filas del ejército constaban de individuos muy por sobre el nivel de la multitud respecto á condición y á principios. Y como aquellos hombres sobrios, virtuosos, diligentes y acostumbrados á reflexionar, no habían sido movidos á empuñar las armas por el aguijón de la necesidad, ni por el afán de novedades, aventuras y licencias, ni por los amaños tampoco de oficiales reclutadores, sino del celo político y religioso mezclado del noble deseo de adelantar y adquirir honra y honores, los soldados del Parlamento se preciaban, y así lo declaran sus más solemnes delibe-

raciones, de haber entrado en el servicio militar libérrimamente y sin la menor idea de lucro, de ser ciudadanos ingleses, no genizaros; ciudadanos que de su propio movimiento exponían la vida por las libertades y la religión de Inglaterra, y cuyos derechos y deberes consistían entonces en velar por la seguridad de la nación redimida por ellos.

Bien podía un ejército formado de tales elementos atreverse á ciertas licencias vedadas á otros por ser subversivas de la disciplina militar. Porque soldados que se constituyeran en juntas políticas, eligieran representantes y adoptaran acuerdos en orden á los más intrincados problemas de la gobernación y regimiento de los pueblos, presto se relajarían, y quedando por tanto fuera de toda ordenanza, transformarían el ejército en muchedumbre armada, la más peligrosa, dañina y turbulenta de las muchedumbres. Pero, si no sería hoy discreto el tolerar en los regimientos juntas religiosas en las cuales un cabo, por ejemplo, versado en las Santas Escrituras, fuese director espiritual del coronel y reprendiese al comandante por falta de celo religioso, eran tales entonces la inteligencia, gravedad é imperio que sobre sí propios tenían los soldados de Cromwell que la organización política y la religiosa podían coexistir entre ellos sin menoscabo de la organización militar, pues los mismos hombres que cuando daban de mano á sus deberes militares se hacían más de notar por su espíritu demagógico y sus predicaciones al aire libre, eran admirables por la regularidad, la exactitud y el orden que mostraban en el servicio, y por la ciega y pronta obediencia con que ponían en ejecución cuanto se les mandaba, ya fuera en el campo de maniobras, ya en el campo de batalla.

Esta fuerza extraña y singularísima era irresistible.

ble en la guerra; como que, á virtud del sistema de Cromwell, recibieron estímulo y reglas juntamente la tenacidad y el valor característicos del pueblo inglés. Porque, si bien otros capitanes han mantenido el orden en sus ejércitos de una manera tan rigurosa como él, y lograron inspirarles igual celo, sólo en el campamento de Cromwell se vieron unidos la disciplina más inflexible y el entusiasmo más exaltado. Y como sus tropas ardían del mismo violento fanatismo de los cruzados, y fueron al combate con la precisión de máquinas de guerra, desde el punto que las reorganizaron hasta el día que las disolvieron, no hallaron nunca, ni en las Islas británicas, ni en el continente, contrarios que pudieran resistir á su primer choque; pues así en Inglaterra, como en Escocia, Irlanda y Flandes, rodeados á veces los puritanos de obstáculos enormes y teniendo que luchar contra triple número de fuerzas, no solamente alcanzaron siempre la victoria, si que también redujeron y acabaron á cuantos enemigos se les opusieron, acostumbrándose al cabo á considerar el día de batalla como día de triunfo cierto, y á marchar hacia los batallones más aguerridos y famosos de Europa con plena y absoluta confianza de vencerlos. Turenne se conmovió al oír el grito de austera exaltación de sus aliados ingleses cuando se dirigían al combate, y demostró el contento de un verdadero soldado al saber que los lanceros de Cromwell tenían costumbre de saludar con entusiasmo el momento de caer sobre el enemigo, y los caballeros desterrados se sintieron poseídos de profunda emoción y de orgullo nacional viendo cómo y con cuánta bizarría una brigada de compatriotas suyos, envuelta y casi anonadada por la muchedumbre de los contrarios y abandonada de sus auxiliares, logró al fin romper el círculo de hie-

ro que la oprimía, dispersar y poner en fuga los mejores tercios de infantería, y abrirse paso por una contraescarpa, reputada inexpugnable por los más hábiles mariscales de Francia.

Empero lo que caracterizaba y distinguía al ejército de Cromwell de todos los demás ejércitos era la moral austera y el temor de Dios que lo inspiraban, pues según declaran los más acendrados realistas nunca se vieron en aquel singular campamento jugadores ni borrachos, ni se oyó nunca blasfemia, ni durante la tan prolongada dominación del ejército sufrieron menoscabo alguno la propiedad de los ciudadanos pacíficos ni el honor de las mujeres; que si se cometieron ultrajes, fueron de un género diferente del que suele ser propio de los ejércitos victoriosos. Pero si ninguna criada tuvo nunca motivo de quejarse de la grosera galantería de los rojos, ni hubo platero que denunciara el hurto de una joya, un sermón pelagiano, ó una vidriera en la cual estuviesen pintados la Virgen y el Niño Jesús producían en las filas puritanas una efervescencia que hacía indispensables los mayores y más extraordinarios esfuerzos de los oficiales para calmarse; como que fué siempre para Cromwell una de las dificultades más grandes de su cargo el impedir á sus mosqueteros y dragones que invadieran á viva fuerza las iglesias é hicieran bajar del pulpito á los ministros cuyos sermones, para emplear el lenguaje de la época, no les parecían *apetitosos*, y aun conservan muchas catedrales huellas imborrables del odio que profesaban tan rígidos secuaces á todo cuanto recordase la gobernación espiritual de los pontífices.

LVII.

REPRESIÓN DE LAS SUBLEVACIONES CONTRA EL GOBIERNO MILITAR.

Más no era fácil empresa contener al pueblo inglés aun para un ejército como el de Cromwell, y por tanto, no bien se hicieron sentir los primeros efectos del despotismo militar, cuando la nación, que no había experimentado nunca el yugo de semejante servidumbre, comenzó á resistirla de una manera vigorosa, estallando sublevaciones hasta en los condados que durante la guerra civil estuvieron más sometidos al Parlamento. En realidad, hasta el mismo Parlamento aborrecía tanto á sus antiguos defensores, que deseaba entrar en acomodos con Carlos para perjudicarlos en bien de sus acérrimos enemigos. Y como se hubiera formado por aquel tiempo en Escocia una liga entre los realistas y gran número de presbiterianos, que veían con horror las doctrinas de los Independientes, rompió la tempestad, manifestándose los rebeldes en los condados de Norfolk, de Suffolk, de Essex, de Kent y el llamado país de Gales. La flota del Támesis imitó su ejemplo, y enarbolando repentinamente los colores reales, se dió á la vela, salió al mar y amenazó la costa meridional, mientras un cuerpo considerable de Escoceses pasaba la frontera y avanzaba por el Lancashire; movimientos que, á pesar del peligro que auguraban, se veían con secreta complacencia, como es fácil suponer, por la mayoría de los diputados y de los lores.

Más no era de esta suerte como debía sacudirse ni quedar roto el yugo del ejército. Porque mientras Fairfax reprimía sublevaciones en los alrededores de la capital, Cromwell ponía en dispersión á los insurrectos del país de Gales, y dejando tras de sí sus fortalezas desmanteladas, iba sobre los Escoceses, y aun cuando eran débiles sus tropas comparadas con las del invasor, se arrojaba sobre ellas sin contarlas, según su costumbre, destrozándolas de todo en todo. Verificóse con esto un cambio en Escocia, se formó una administración en Edimburgo no nada favorable al Rey; y Cromwell, entónces, más querido que nunca de sus soldados, regresó en triunfo á Londres.

LVIII.

PROCESO DEL REY.

Entonces comenzó á tomar cuerpo una idea á la cual nadie hubiera osado hacer alusión á los principios de la guerra civil; idea no menos contraria á la liga solemne ó *Covenant* que á las antiguas leyes de Inglaterra. Es el caso que los austeros caudillos que gobernaban la nación habían desde hacia ya meses meditado tomar del Rey una venganza terrible, no siendo posible, aun al presente, determinar con exactitud y certeza cuándo y cómo nació este proyecto; si lo insinuó el general á los soldados, ó si los soldados lo insinuaron al general, ó si debe atribuirse á la política que se valió del fanatismo como de instrumento, ó al fanatismo que sometió á su terrible ascendiente la política, si bien parece probable, en último resultado,

que la persona que parecía mandar se viera en la necesidad de ceder fatalmente y de sacrificar, así en este caso como en otro que se presentó algunos años después, sus propias inclinaciones á los deseos del ejército; que la fuerza á la cual había dado vida Cromwell era de tal naturaleza que no siempre fué lícito dominarla, y si necesario á veces someterse á ella para mejor gobernarla lo demás del tiempo. Por lo que á Cromwell respecta, bien será decir que declaró públicamente no haber hecho nada para que prosperase la proposición los primeros momentos; que otros tomaron la iniciativa; que no tuvo parte ninguna en las medidas adoptadas al principio, y que no hubiera querido aconsejar á los suyos semejante golpe, mas que sometió su propio criterio á la fuerza de las circunstancias, signo manifiesto á su parecer de los designios de la Providencia. Pero, aun cuando ha sido costumbre considerar esta explicación como ejemplo de la hipocresía que vulgarmente se le atribuye, y como quiera que quienes lo acusan de hipócrita no se atreven á calificarlo de loco, están en el caso de probar cuyo era el designio que se proponía poner en ejecución, incitando secretamente al ejército á seguir una línea de conducta que no era él osado á recomendar á cara descubierta, pues parece absurdo suponer que un hombre á quien sus enemigos leales no han representado nunca como cruel por capricho, ni como vengativo de una manera implacable, haya tomado la resolución más importante de su vida inspirado sólo en la maldad. En efecto, Cromwell era demasiado discreto para ignorar, cuando consentía en el sacrificio de Carlos I, que al verter en un cadalso aquella sangre augusta, cometía un acto inexpiable, que movería, no solo á los realistas, sino á las nueve décimas partes de los parciales del Parlamento, á lástima y

horror. Otros podían engañarse con quiméricas imaginaciones y fantasear á placer; mas no él, que no soñaba ciertamente con repúblicas calcadas en modelos antiguos ni con el reino milenario de los santos, pues si aspiraba á fundar nueva dinastía era evidentemente Carlos I competidor menos temible que lo sería Carlos II, en razón á que desde el momento en que pasara de esta vida Carlos I, la fidelidad de todo Caballero se pondría íntegra en Carlos II, y á que Carlos I cautivo y Carlos II en libertad serian siempre, aquél objeto de recelos y de odio para la gran mayoría de los hombres mismos que rechazaban con horror la idea del regicidio, y éste de la simpatía y del afecto que inspiran siempre la juventud y la inocencia desgraciadas; no siendo posible creer que consideraciones tan sencillas é importantes al propio tiempo se oscurecieran al claro ingenio del político más profundo de la época. Pero lo cierto es que, durante un espacio, pensó Cromwell en ser mediador entre la Corona y el Parlamento, y en reorganizar el Estado, que se disolvía por la fuerza de la espada y con la eficacia de la sanción real, y que persistió en este designio hasta que se vió forzado á renunciar á él por el carácter intratable de sus soldados y la incurable doblez del Monarca. Y como se había formado ya en su campo un partido que pedía la cabeza del traidor que buscaba el modo de hacer pactos con Agag, y se tramaban conjuras, y se proferían en alta voz amenazas de acusarlo, y estalló una rebelión que á penas fueron bastante á contener la energía y el brío indomables de Cromwell, aun cuando pareció reprimir y vencer todos los movimientos y alteraciones y asegurar el orden y la paz públicas, mezclando para lograrlo severidad y dulzura, comprendió las grandes y graves dificultades y peligros á que todo se vería ex-

puesto constantemente de proponerse luchar contra la saña del ejército que reputaba siempre por enemigo de Dios y suyo al abatido tirano.

Al propio tiempo se hacía más evidente cada hora la imposibilidad de fiarse del Rey; como que sus vicios habían adquirido gran desarrollo, por ser de aquellos que crecen y prosperan y se manifiestan más con las perplejidades y las luchas de la vida. Siendo la doblez defensa natural de los débiles, el príncipe que tiene por hábito engañar cuando se halla en la plenitud del poder, no aprenderá ciertamente á ser franco y recto en medio de las contrariedades y contratiempos. Pero no sólo era Carlos el menos escrupuloso, sino el más torpe de los arteros, pues no existió nunca hombre político á quien pudieran probarse sus fraudes y trapacerías de modo más irrefutable: reconocía públicamente, por ejemplo, como Parlamento legal las Cámaras reunidas en Westminster, y al propio tiempo redactaba en su Consejo particular la minuta secreta de una acta en la cual declaraba nulo y de ningún valor este reconocimiento; desmentía públicamente la idea de llamar al extranjero en su auxilio contra su pueblo, y al propio tiempo solicitaba en secreto socorros de Francia, de Dinamarca y de Lorena; negaba en público haber empleado *papistas* (1) jamás, y mandaba en secreto á sus generales que dieran colocación á cuanto *papista* la solicitara; recibía públicamente la comunión en Oxford, como para dar la seguridad de que nunca tendría connivencias con los católicos, y al propio tiempo aseguraba secretamente á la Reina que su intención era tolerar el catolicismo en Inglaterra, y autorizaba, en efecto, á lord Glamorgan, para que prometiera su es-

(1) Los protestantes dan este nombre á los católicos. —N. del T.

tablecimiento en Irlanda, sin perjuicio de disculparse luégo á costa de sus agentes, y de redactar de su puño reprimendas á Glamorgan, que otros debían leer, y elogios, que sólo á él comprendían. Y este disimulo había corrompido por tal modo y tan completamente la naturaleza del Rey, que hasta sus amigos más adictos se quejaban acerba y dolorosamente unos á otros de la política tortuosa que seguía, siendo tan general su descontento que, al decir de ellos mismos, las derrotas de Carlos les afligían menos aún que sus intrigas y manejos. Pues si esto sucedía con sus parciales, júzguese de lo que pensarían sus vencedores, teniendo en cuenta que no había fracción del partido victorioso que no hubiera sido á la vez objeto de sus lisonjas y maquinaciones, bien que nunca estuvo más desgraciado que cuando intentó adormecer con sus amaños á Cromwell y juntamente minar su autoidad con intrigas secretas.

Cromwel debía optar en aquellas circunstancias entre el amor de su partido y de sus tropas, entre su propio engrandecimiento y hasta su misma vida, y un esfuerzo para salvar á un príncipe que no se consideraba nunca obligado por ninguna palabra ni compromiso, decidiéndose al cabo de grandes luchas y dudas, y probablemente de muchas oraciones también. El Rey, entonces, quedó á merced de su destino, y los *Santos* del ejército acordaron con esto, y en mengua de las antiguas leyes del reino y de la opinión casi universal del pueblo inglés, que Carlos expiara sus crímenes con la vida. Pero si temió durante algún tiempo morir de igual modo que sus desgraciados antecesores Eduardo II y Ricardo II, no hubo razón para ello, porque los hombres en cuyas manos estaba no eran ciertamente asesinos, y el acto que pusieran en ejecución lo realizarían parao frecerlo en es-

pectáculo al cielo y á la tierra, y para que su recuerdo viviera siempre en las generaciones futuras, gozando sus autores grandemente con el mismo escándalo que dieran. Y porque la constitución antigua y la opinión política de Inglaterra se oponían al regicidio de una manera positiva, ejercía el regicidio singular fascinación sobre el partido que se hallaba dispuesto á realizar una revolución social y política completa. Y como sería necesario á la realización de sus designios romper y desbaratar todas las ruedas de la máquina gubernamental, antes se les antojaba grata que no penosa la cruel necesidad de quitar al Rey la vida. Por eso, cuando la Cámara de los Comunes fué de parecer que se hiciera un acomodo con Carlos I, los soldados expulsaron de su recinto á la mayoría, y cuando los lores rechazaron por unanimidad la proposición de procesarlo, fué cerrada inmediatamente la sala de sus juntas; y como ningún tribunal reconocido por las leyes quiso tampoco tomar sobre sí la responsabilidad de juzgar al Rey, fuente de la justicia, se creó uno revolucionario, que después de haber declarado al prisionero tirano, traidor, asesino y enemigo público, lo condenó á morir degollado.

LIX.

MUERTE DE CARLOS.

La sentencia se cumplió ante miles de espectadores, muriendo Carlos en el patíbulo levantado frente á las ventanas de la sala de los banquetes de su propio palacio. Mas á poco de haber sido ejecutado el Rey,

quedó manifiesto á todos que los fanáticos políticos y religiosos á quienes el hecho debe atribuirse, habían cometido no sólo un crimen, sino también una torpeza, porque proporcionaron al Monarca, conocido hasta entónces más principalmente de su pueblo por la muchedumbre de sus defectos, la ocasión de manifestar en un gran teatro y á la vista de todas las naciones, y de tal modo que viviera su recuerdo en la memoria de los siglos, algunas de las cualidades que atraen más irresistiblemente la voluntad y que producen más admiración en el género humano, esto es, el altivo valor del caballero animoso y bizarro, y la tranquila resignación del cristiano penitente. Más aún: ejecutaron aquellos hombres de tal suerte su venganza, que Carlos, cuya vida fué una serie de ataques no interrumpidos á las libertades de Inglaterra, pareció morir mártir de las mismas libertades; pudiendo decirse que nunca ningún demagogo produjo más impresión en el espíritu público que aquel rey prisionero que, conservando íntegra en tan aciagos momentos su dignidad de monarca, y arrojando la muerte con indomable valor, se hizo eco de los sentimientos de su pueblo vejado y oprimido, se negó virilmente á defenderse ante un tribunal constituido de modo arbitrario, apeló de la violencia que hacía el ejército á los principios de la Constitución, preguntó á virtud de qué derecho habían sido expulsados de la Cámara de los Comunes sus más respetables individuos y privádose de sus funciones legislativas á la de los Lores, y advirtió á sus conmovidos oyentes que no sólo defendía en aquel momento su propia causa, sino la de ellos mismos; actitud, conducta y palabras que hicieron olvidar los innumerables abusos de su mal gobierno y sus perfidias, asociando desde aquel momento su memoria en la opinión de la inmensa

mayoría de sus vasallos á las instituciones liberales en cuya ruina trabajó por espacio de tantos años, en razón á que aquellas instituciones libres sucumbieron con él, no teniendo en la hora suprema de su acabamiento más voz que la suya que las defendiese en medio del lúgubre silencio de una sociedad oprimida de la fuerza de las armas. No poco influyó esto para que, á contar de aquel día, comenzase la reacción en favor de la monarquía y de la familia real desterrada, no acabando hasta que se hubo restaurado el trono en su poderío y esplendor primeros.

Sin embargo, pareció á seguida del suceso que los asesinos del Rey cobraban nuevas fuerzas y vigor de aquella comunión sangrienta que los unió estrechamente unos á otros, al propio tiempo que los separó para siempre de la gran masa de sus conciudadanos.

Mas, aun cuando la Inglaterra quedó erigida en república, y la Cámara de los Comunes, que sólo constaba ya de muy escaso número de individuos, en supremo poder nominal del Estado, en realidad eran el ejército y su caudillo quienes todo lo gobernaban. Y como Cromwell había hecho su elección, y preferido el amor de los soldados, y roto con casi todas las demás clases del pueblo inglés, no es posible decir que contase con partidarios fuera de su ejército y fortalezas, pues tenía en contra todos aquellos elementos de fuerza que, al estallar la guerra civil, surgieron de los cuatro ámbitos del reino, armados unos contra otros, esto es, los Caballeros, la gran mayoría de los Motilones, la Iglesia anglicana, la presbiteriana, la católica, la Inglaterra, la Escocia y la Irlanda. Empero tales fueron su genio y resolución, que dominó y destruyó cuantos obstáculos dificultaban el camino que se proponía recorrer, se hizo á sí propio dueño y señor más absoluto que lo fué nunca ningún rey

legítimo, é hizo á su patria más temida y respetada que lo había sido desde hacía muchas generaciones bajo el cetro de los reyes legítimos.

Pero, aun cuando dió término á la lucha en Inglaterra, como los otros dos reinos que rigieron los Estuardos eran hostiles á la nueva república, y el partido de los Independientes era de igual modo aborrecido de los católicos romanos de Irlanda que de los presbiterianos de Escocia, una y otra comarca, no hacía mucho sublevadas y en armas contra Carlos I, reconocieron entonces por soberano y señor de ellas á Carlos II.

LX.

SUMISIÓN DE IRLANDA Y ESCOCIA.

Pero todo comenzó luégo á ceder á la energía y habilidad de Cromwell, y en pocos meses subyugó á la Irlanda como no lo estuvo nunca durante los cinco siglos de matanzas que habían trascurrido desde el desembarco de los primeros colonos normandos; y proponiéndose acabar el conflicto de razas y de religiones que por tan largo tiempo cubrió la isla de sangre y ruinas, dió predominio decisivo á los Ingleses y protestantes, y no pareciéndole bastante aún, excitó el cruel entusiasmo de sus soldados, é hizo á los *idólatras* (1) guerra semejante á las de Israel contra los Cananeos, quedando por ella desiertas grandes ciu-

(1) También así denominan los protestantes á los católicos.—
N. del T.

dades, y expulsados á millares sus pobladores al continente, ó deportados á las Indias occidentales, y llenando el vacío que dejaron con colonos de sangre sajona y de creencia calvinista. Y ¡cosa singular! bajo la férrea mano de Cromwell comenzó á ofrecer la nación conquistada el aspecto exterior de la prosperidad: comarcas enteras, que no hacía mucho estaban tan salvajes como las en que lucharon los primeros colonos blancos del Connecticut contra los pieles rojas tomaron el aspecto del Kent y del Norfolk; viéronse surgir por todas partes nuevos edificios, caminos y plantaciones; la renta de las tierras se elevó rápidamente, y presto empezaron á quejarse los propietarios de la competencia que les hacían en todos los mercados los productos de Irlanda y á pedir leyes protectoras.

De Irlanda, el jefe victorioso que ya se denominaba lord general de los ejércitos de la república, lo cual era desde hacía mucho tiempo, aunque sólo de hecho, se trasladó á Escocia, donde se hallaba el joven rey. Carlos había consentido en hacer profesión de fe presbiteriana y en suscribir al *Covenant*, y en cambio de sus concesiones permitiéronle los austeros puritanos que imperaban en Edimburgo que tomase la corona y tuviera, dirigida y fiscalizada por ellos, una manera de corte solemne y triste. Pero esta sombra de realeza duró poco, porque Cromwell aniquiló en dos grandes batallas las fuerzas militares de la Escocia, y Carlos huyó, librando no sin grandes y azarosas dificultades á la suerte desgraciada de su padre, y quedando por tanto reducido el antiguo reino de los Estuardos, y por primera vez, á completa sumisión, sin que le restara ningún vestigio de aquella independencia defendida por modo tan viril antiguamente de los más poderosos y hábiles Plantagenets;

como que hizo leyes para Escocia el Parlamento inglés; que los jueces ingleses administraron justicia en ella, y que hasta la misma indomable Iglesia que ha mantenido sus prerrogativas contra tantos gobiernos apenas si fué osada entonces á proferir una queja.

LXI.

DISOLUCIÓN DEL PARLAMENTO LARGO.

Pero, si hasta entonces existió entre los soldados que subyugaban la Irlanda y la Escocia, y los hombres políticos que tenían asiento en Westminster apariencias á lo menos de armonía, el lazo que anudó el peligro lo cortó la victoria. Porque como el Parlamento se olvidara de que todo lo debía en realidad al ejército, y el ejército estuviera menos dispuesto que nunca lo estuvo á sujetarse á la obediencia del Parlamento, pues en realidad los pocos individuos que componían lo que con desprecio se designaba por el *Rump* (1) de la Cámara de los Comunes no tenían más derecho á llamarse representantes de la nación que los jefes militares, la disputa llegó en breve á su desenlace decisivo: Cromwell invadió la Cámara con sus soldados, el Presidente fué arrancado de su sitial, quitada la maza de sobre la mesa, despejado el salón y cerrada su puerta con llave. La nación, entretanto, que no gustaba de ninguno de los dos bandos contendientes, pero que se veía forzada por el momento á

(1) Palabra que tanto vale *grupa* ó *culata* del caballo como rabadilla ó asentaderas.—N. del T.